

NOTAS

La juventud de un payés mallorquín de 1900. El payés Jaume Sancho o un encuentro más con la oralidad

GABRIEL LLOMPART

Cuando hace pocos años conocí a Jaume Sancho Rosselló, era un paisano mallorquín de 89 años, bien conservado y dotado de una envidiable vitalidad. Me llamó la atención sobre él y me lo presentó, en un predio cercano a la ciudad, el cronista oficial de Palma de Mallorca, Antonio Puente.

Andaba yo por aquel entonces rumiando cual sería la vida y avatares de los payeses mallorquines que habían sido imitados y reproducidos en barro en forma de figuritas de Nacimiento por los artesanos de principios del siglo xx, que vestían la indumentaria tradicional, y que hoy son ya puro folklore de acogida y fiesta. La entrevista con el buen hombre cuyo nombre encabeza estas líneas me pareció algo así como un encuentro con el mundo de la oralidad existente todavía hace poco en las montañas azules de Mallorca, pero totalmente barrido por la cultura de celulosa y ondas que, al aunarse recientemente en un torbellino de increíble fuerza, se han llevado volando en un tris tras todo rastro de tradición viva.

Es mi propósito dejar aquí testimonio del arco de la vida del viejo payés mallorquín enfocado desde las vivencias y experiencias recogidas en unas horas de chispeante conversación, que se me hicieron como cuando niño sacaba con una rebañadera de ganchos (*cercapous*) cubos y pozales herrumbrosos del fondo de aljibes centenarios, sorpresa tras sorpresa...

Nuestro payés nació en el norte de la isla, en la comarca de Artá, zona de grandes fincas rústicas (*possessions*) desde los tiempos de la conquista catalana. Su niñez y juventud las vivió como gañán. En la familia habían sido doce hermanos. Se comprende que la economía familiar exigía colocarlos todavía chiquillos en alguna explotación agrícola o ganadera. De hecho a la sazón todas las fincas eran de economía mixta.

A la pregunta de si había visto todavía arar con bueyes, porque en general en Mallorca se hacía antes con mulas, respondió que él había labrado con bueyes en el predio de Bellpuig con yugo y cojinetes, pero que

había visto en Ciudadela de Menorca arar con las bestias sujetas por los cuernos. Los bueyes tenían nombre: así, Vermell, Morat, etc.

Nuestro hombre estuvo diez años como peón en Aubarca. La gran finca era dirigida por unos amos aparceros (amo, *madona*, y dos hijas) y el personal estaba formado por un pastor, que cuidaba un centenar de ovejas, tres mozos de labranza (*parellers*), un porquero y un cabrero. La finca poseía 20 vacas y 160 cabras.

Jaume Sancho segaba carrizo para mantenimiento del ganado. Ganaba un duro cada mes y la comida diaria. En Aubarca había posibilidad de contar con un terreno de cultivo propio en el que se conseguía una cantidad de cebada (*sivada*) y habas (*faves*) llamadas *barqueres* con las que se podían alimentar algunos cerdos para el gasto de la casa.

Los niños por entonces iban descalzos o bien calzaban abarcas. Los primeros zapatos llegaban con la primera comunión, en que Jaume vistió un pantalón y una cazadora de milrayas, quedando aquel día en la posada de la finca sita en la villa de Artá.

La *madona* de la finca era la que dirigía los servicios domésticos del personal. Claro que a su manera, según el parecer del mismo:

Sa madona d'aquest lloc
sempre va portes obertes,
carrega sa gent d'ofertes,
promet molt i atany poc.

Así que aparte de la comida caliente, la comida corriente se basaba en higos secos, aceitunas y pan.

De niño no fue nunca a la escuela pero su madre le enseñó las oraciones, que se sabía de memoria, y con ellas (*Confiteor*, *Sa Pecadora*, *Credo*, *Crec en un Deu*, *Sa Salve*, *Es Pare Nostro*, *S'Ave Maria*) le bastó para recibir la comunión. La costumbre en las *possessions* era la de rezar el rosario en común antes de la cena, que se bendecía con un *Padre Nuestro*:

Aquest Pare Nostro que siga per Jesus i María,
que venguen a dinar [o sopar]
ab sa nostra companyia.

Los domingos iban a misa del alba y para ello el sábado hacían tres horas de camino con un asno (*una somera amb beasses*) que montaba su madre y descansaban en el pueblo.

La economía era muy severa. Las *rotes* eran a medias con los amos y para abonar la tierra se hacían hormigueros. Bien pronto se aprendían glosas que adoctrinaban sobre la necesidad de ser diligentes en el laboreo:

Perendengue, perendengue,
no sabs es blat a quant va,

qui té puput ab sa feina
quan té talent no te pa.

Desdixat de conrador
qui no conra ses voreres,
es blat li torna porgueres
i sa farina, segó.

En la finca de *Sa Duaia* se levantaban los mozos al salir el sol y se lavaban en el abrevadero. El desayuno era de sopas de pan, olivas e higos secos. A las 12'30 se hacía sonar el cuerno para anunciar la comida. Se tomaba el cocido que se cocinaba para dos o tres días. Las legumbres alternaban: judías, garbanzos y lentejas. A oscurecida, se reunía el personal para cenar. El yantar consistía en un gran plato de sopas mallorquinas, del cual todos tomaban bocados con sendas cucharas de madera y a continuación se comían aceitunas e higos secos.

Había mozas que se contrataban para cuidar las cerdas de engorde. En *Sa Duaia* solía haber unas 30. Las chicas ganaban 15 pesetas y un delantal. Resalta nuestro interlocutor que entre el personal asalariado reinaba en general buena hermandad, con las prevenciones de rigor a que alude la recomendación:

Atlotes, no aneu de nit,
que pensant tenir euveies
no tenguem xotets pètit.

En las familias solía cuidarse mucho la economía, que no alcanzaba bastante para la subsistencia, así que, por las noches se hacía velada trenzando palmito, con el cual se fabricaba pleita (*llata*), que se cosía haciendo espuestas. Estas se vendían por docenas. Iban a un duro la docena. Otras muchachas se dedicaban por entonces a peinar cáñamo. Y tuvo su temporada el montar bolsas de plata que se exportaban un tiempo desde las islas a la península.

En la temporada de cosecha los pueblos de Mallorca mandaban su juventud al campo. En tiempos de mieses los mozos solían salir de la villa a fincas lejanas, necesitadas de brazos. La celeridad en la recogida podía salvar de serios disgustos en caso de tempestades inoportunas. Nuestro hombre recuerda haber ido tres años a Ciudadela, en la vecina Menorca, a la finca de *Son Morell Gran*. Los jornales eran altos: se pagaba a 9 pesetas el jornal del segador de trigo, y a 5 el de cebada, con lo que al fin de la siega se podían recoger 50 duros. Era costumbre comprarse los muebles del casorio con este trabajo extraordinario. Así que Jaime Sancho casó a los 22 años: su novia tenía a la sazón 18.

Las muchachas de Ariany solían hacer su salida a Artá. Entonces se acos-

tumbraba organizar bailes con frecuencia. El baile de salón no había entrado aún: se bailaban jotas y boleros. Naturalmente que había que aprender a danzarlos. Se enseñaba por un real en *Ca Ses Manueles*.

La celebración de las fiestas tradicionales era más o menos de esta forma:

Santa Úrsula (*les Verges*) se celebraba con serenatas. Comentaba Jaume Sancho que se decía:

Moltes son ses qui fan festa
per les Verges i no hu son.

La costumbre de los regalos de Reyes Magos no existía. La tradición culinaria de Navidad era el guiso de pollo (*escaldums de pollastre*). El turron no se conocía en la payesía. Por Pascua era costumbre general hacer empanadas de cordero y dulce (*robiols*).

La Cuaresma se observaba. La madre compraba una bula para sí y otra para el padre. Los niños estaban exentos:

Qui no es en edat de dijunar
no es en edat de pecar

El Carnaval no se celebraba en los predios sino en la villa. Los gañanes se disfrazaban de mujer y se enmascaraban. Pasaban por las casas y se lanzaban tejas y huevos podridos en los portales. El día de Inocentes se podía descargar una cesta de piedras en la casa o dar duchas al personal desde una ventana o un árbol con la excusa de mostrarles pájaros raros (*cassar gambussins*).

Un personaje familiar en las *possessions* era el mercader o *marxando* que hacía de tanto en cuanto el recorrido de la población dispersa con un carro cubierto (*envelat*), cargado de provisiones como arroz, fideos, bacalao, arenques, vajilla, material de limpieza, etc. En principio este género se intercambiaba. En las *possessions* no se consumían huevos y éstos formaban parte del comercio, lo mismo que el queso de oveja o cabra si se producía excedente. En último término, se redondeaba el precio en metálico. De ahí el nombre de *cocovers* o hueveros, con que eran conocidos los mercaderes ambulantes.

La fabricación del queso tenía bastante peso. Las cabras rendían poco; más las ovejas. Estas últimas se llevaban al aprisco para ordeñarlas dos veces al día. El ganado vivía al aire libre, las ovejas gustaban de mojarse con la lluvia, al contrario de las cabras, que procuraban resguardarse en cuevas y resquebrajaduras del relieve. El ganado llevaba marcas para identificarlo según los predios. (*Sa Duaia* marcaba con *dos espenades devant. Aubarca* con *dos orenetes, una escapsada devant i un osca darrera*).

En las fincas solían amasar el pan cada quince días. Se sacaban del horno entre 9 y 10 panes redondos de buen tamaño. El día de horneado se aprovechaba para hacer un extraordinario: las *cocas*.. La harina se compraba en Artá a *Can Xina*, y podía ser del país o forastera. Iba al mismo precio, 30 pesetas el saco, que pesaba nueve arrobas y media, aunque convencionalmente se decía que pesaba diez.

Jaume Sancho es hombre de buena memoria. Recuerda muchos versos y por razones varias. Unas son de experiencia personal, como el asombro e inquietud al salir de la isla y hallarse en medio del mar:

Quan vaig esser en mig de mar,
que no vaig veure cap porta,
vaig dir: Adiós Mallorca,
ditxós si puga tornar.

Otras son de crítica social, tan corriente en la payesía:

Es molí den Jordi Vives
està envelat i no mol;
se menjen es pa tot sol
perque no tenen olives

La guapa de Sa Canova
a veure els Reis se'n va anar,
mes valdría hagués anada
a veure els porcs pasturar.

Las nuevas modas en contraste con el vestido tradicional provocaban la protesta:

Un vestit llarg i estret,
igual d'anar dins un sac,
qui diu que no es desbarat
no té es cap a s'endret

No obstante el tema religioso parece pesar más, desde el festivo de la Navidad hasta el más serio de Semana Santa. Algunos de estos versos parecen salir del teatro religioso, de los *Apócrifos*:

—Pomera baixa ses branques,
¡per la virtut del Senyor!
—Ara conec, jo, María
que portes lo Redentor.

Otros van destinados a la imaginación infantil:

San Josep va fer un ramet,
no sé de quina rameta,
per agrenar aquella coveta

per neixer el Bon Jesuset
entre el bou i la muleta.
tot enredadet de fred,
damunt ses quatre palletes.
—Josep, los que estàn defora,
Josep, deixa-los entrar
perque venen a adorar
Jesús que ha nat a tal hora.
—Pastorets, entrau, entrau,
voreu Mare i Donzella,
que n'hem tengut un infant
que es cosa de meravella.

Las glosas de Semana Santa que recuerda Jaume Sancho tienen una larga tradición secular y las retiene sólo a medias:

Ja vendrà el Dijous Sant
que mon Fill estarà en creu
la llaga del costat dret
serà la siquia bona
no en menjaran los jueus
de aquesta pasta tan bona,
només los bons cristians
que tenen la fe bona.

En fin, para terminar, el entrevistado recita como picante una variante del tema del confesor fingido, como para demostrar que el ámbito religioso tiene varias caras:

—Pare, jo m'he confessada
de tota culpa major,
que em doni la bendició,
si troba que la ha guanyada.
—Fieta, jo no som cap frare,
ni tampoc cap confessor,
jo som el mateix pastor
que tu estàs enamorada,
Pobre de mí, desgraciada,
que dirà la gent de mí
es pecats som hagut de dir
an el que m'ha festejada.

Y he aquí que estas líneas terminan por donde empezaron: por un tiempo en que había pastores oriundos en Mallorca que se plantaban cada año, en miniatura, en el tradicional belén.

Fecha de recepción: 24 de marzo de 2006

Fecha de aceptación: 15 de marzo de 2007